

Abro los ojos

CJ (34)

¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? Abro los ojos y veo un techo blanco con luces fluorescentes. Miro mis manos. De mi mano derecha sale una vía que llega a lo que parece una bolsa de suero. No me suena el color de las sábanas; azules. Pero no un azul bonito. Son del típico azul de los hospitales. Y ahí caigo. Estoy en un hospital. En la habitación no hay nadie. Me intento incorporar pero me fallan los brazos.

Noto un hormigueo en la punta de mis dedos, que va subiendo hasta que alcanza la altura de la tripa, donde ya no me tapa la sábana. De debajo de la sábana empiezan a salir hormigas, negras como el alquitrán, que me suben por los brazos, la cara y se cuelan por la vía. No puedo mover los brazos para apartarlas. Me hacen cosquillas en la nariz y estornudo. De repente se bajan todas de mí y se dirigen hacia el suelo. Cuando por fin me logro incorporar un poco veo que están andando en círculos cada vez más rápido rodeando mi cama. Siento debajo de la cama cómo el suelo se mueve. Al cabo de un rato ya no tengo suelo bajo mis pies y cierro los ojos.

Abro los ojos. Estoy como flotando en el vacío. Sigo llevando la bata del hospital. A mi alrededor no veo nada relevante aparte de estrellas y más estrellas que se hunden en la inmensidad del espacio. Un momento; ¡sí estoy en el espacio! ¿Cómo es que puedo respirar? Me empiezo a agobiar. Me falta el aire. Busco algo a lo que agarrarme o acercarme de donde pueda coger aire, pero por más que muevo los brazos no avanzo. Me quedo allí flotando hasta que dejo de sentir mi cuerpo y todo se queda negro.

Abro los ojos. ¿Por qué está pasando todo esto? ¿Qué tipo de sueño es este? ¿Dónde me he metido? Vuelvo a mirar a mi alrededor. Estoy tumbada en un prado a la sombra de un sauce llorón. Ya no llevo la bata de hospital. Ahora llevo una camiseta con unos pantalones cortos deshilachados como cualquier otro día. Parece que este sueño es más tranquilo. Me incorporo, alegrándome de poder hacerlo, y veo que a mi lado está tumbada de espaldas a mí, mi hermana mayor con los auriculares puestos.

— Ana, ¿me oyes? Estoy teniendo un sueño rarísimo. Tienes que ayudarme. ¿Me estas escuchado? ¿Hola?

Ana no contesta. Me acerco a ella para intentar quitarle un auricular, pero hay una especie de barrera invisible que me lo impide. Cuando se da la vuelta hacia mí veo que está llorando. Es la primera vez en mucho tiempo que veo a mi hermana llorar.

— Ana ¿por qué lloras? Mírame Ana. Mírame. Estoy aquí contigo. Todo está bien. Tranquila. No llores. Mírame. ¿Me oyes?

Se seca una lágrima que caía por su mejilla y se quita los auriculares con rabia. Se sienta y luego se levanta. Lleva puesto el vestido que la regalé el año pasado por su cumpleaños. Casi nunca se lo pone. Dice que es muy infantil. Echa mano de su bolso y sale corriendo hacia ninguna parte. Me levanto y la sigo en su carrera mientras grito:

— ¡Ana! ¡Ana, espérame! ¿Adónde vas? ¡Ana!

Empiezo a ver cómo un montón de personas aparecen de la nada y poco a poco se va formando una muchedumbre. Cuando me quiero dar cuenta he perdido de vista a mi hermana. Me mezclo entre la gente. Voy dando codazos para poder avanzar mientras sigo buscando a Ana.

Entre toda esa masa de gente, oigo un llanto como de niña pequeña. No es como el de mi hermana. Se parece más al llanto que podría emitir mi prima Sofía. Sigo el sonido y este, poco a poco, se va haciendo más fuerte hasta que encuentro a la pequeña. No es mi prima Sofía, lo que por un lado me alivia. Me agacho junto a ella y le digo:

— Hola pequeñaja. ¿Cómo te llamas? Yo soy Carla.

— Hola —me contesta la niña para mi sorpresa.

— ¿Cómo te llamas, guapísima?

— Va... Valeria— me dice ella entre sollozos.

— Hola, Valeria. ¿Dónde están tus papás? ¿Te has perdido?— le pregunto a Valeria.

Ella asiente con carita triste y le digo:

—Vale, no te preocupes. Yo te ayudaré a buscarlos. ¿Cómo se llaman tus papás?

Valeria se queda callada, como si no me hubiera oído. Le repito la pregunta pero empieza a llorar otra vez. ¿Por qué no me escucha? Noto un golpe fuerte en la nuca y me desmayo.

Abro los ojos. Estoy en un edificio, que parece a medio hacer. Me levanto apoyándome en uno de los pilares y huelo como a quemado. Busco una salida de la habitación en la que estoy pero al otro lado solo veo fuego. Ahora lo entiendo. Estoy en un incendio. Me empiezo a poner nerviosa pero pienso: “No te preocupes. Todo forma parte del mismo sueño. Cuando estés a punto de morir todo cambiará otra vez”. Me quedo mirando las llamas y acerco la mano. Siento el calor de las llamas en mi mano. Una lengua de fuego me toca la mano y, para mi sorpresa, me duele como si estuviera despierta. ¡Me ha hecho herida! El fuego se está avivando y yo sigo ahí en medio. “¡Reacciona!”, me digo a mí misma, pero no puedo pensar con claridad. ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué me duele si estoy en un sueño? Es posible que me haya despertado. Y, si es así, ¿cómo he llegado hasta aquí? Las llamas me rodean y ya hay tanto humo que no distingo ni donde estoy. Gritaría para que me buscaran y me sacaran de aquí, pero quizá sea demasiado tarde cuando lleguen. Me dejo caer en el suelo y cierro los ojos esperando a que pase lo peor.

Abro los ojos. Estoy en un hospital.

— ¡Carla! Carla hija mía, estaba muy asustada. — dice mi madre con lagrimones en los ojos.

Miro hacia mi izquierda y veo a mi padre salir de la habitación diciendo: “Voy por la enfermera”. Miro a mi madre, que sigue con una sonrisa de oreja a oreja mientras enjuga sus lágrimas. Entonces recuerdo todo. Había ido al cine con Héctor. Veníamos en el autobús hablando de la peli y llegamos a la parada que está enfrente de su casa. Me dijo que si me subía un rato con él a su casa pero ya era muy tarde y le dije que otro día. Seguí en el autobús hasta... ¿hasta dónde llegué? No consigo recordar nada más. Mi madre está hablando con Ana teléfono en mano diciéndole que ya me he despertado. Entonces entra mi padre con la enfermera.

— Hola Carla, bienvenida al mundo de los vivos. ¿Cómo te encuentras?

— ¿Qué ha pasado?

— ¿Recuerdas algo de lo que paso antes de quedarte en coma?— me dice sacando una linterna pequeña de su bolsillo y apuntándome a los ojos.

— No mucho la verdad. Me cuesta un poco respirar.

— No te preocupes, es muy habitual. Poco a poco irás recordando más cosas.

Ahora lo que tienes que hacer es descansar.

— ¿Cuánto tiempo ha pasado?— digo intentando recordar más cosas.

— Llevas en coma dos semanas y un día. Hoy es 17 de Mayo. —dice mi madre, ya un poco más relajada— Vino Héctor a verte ayer. Se va a poner supercontento cuando sepa que estás despierta.

Sé que he soñado algo, pero no sé qué. No lo recuerdo. Me miro la vía y veo dibujada en el esparadrapo que me sujeta la vía lo que parece ser una hormiga.

— ¿Y esto?

— Te lo dibujo la prima Sofia cuando vino a verte. Dijo que era una hormiga buena y que se metería en el tubito para curarte. ¿Verdad que es muy mona?

— Sí, lo es.

En la otra mano tengo como una quemadura. Imagino que será del accidente. Pero, me duele mucho el cuello y no sé de qué pudo ser. Me fijo en la chapita que lleva la enfermera. Se llama Valeria. ¿A quién más conozco yo que se llamé Valeria? Veo que en la mesita que tengo al lado hay un disco que pone: “El sauce llorón. Para mi hermanita, Carla” En la pared que tengo enfrente hay un montón de estrellitas pegadas a modo de decoración. Estoy un poco aturdida pero me alegro de ver a mi madre y a mi padre. Lo que sí que tengo es hambre. Mucha hambre.

Fdo:
Lidaika